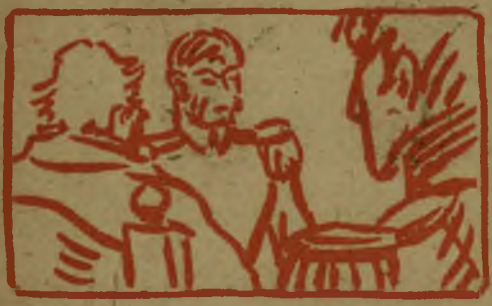
ONZA TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

OCTUBRE DE 1946 -- NUMERO 88

PROYECTOS DE MONARQUIA

Encontrábase el Libertador arreglando los asuntos con el Perú, en 1829, cuando el Consejo de Estado de Bogotá, compuesto por Urdaneta, Vergara Tanco y Restrepo, entabló ciertas negociaciones con los agentes diplomáticos de Inglaterra y Francia.



Esas negociaciones tenían por finalidad establecer en la Gran Colombia una monarquía, cuyo primer soberano, Simón Bolívar, llevaría el nombre de "Rey de Colombia o Emperador de Los Andes".

Habiendo llegado hasta el Libertador noticias de dichas negociaciones, se opuso a ellas y desautorizó a los promotores de tales proyectos.

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

Nº 88 CARACAS, OCTUBRE de 1946 AÑO 8

SUMARIO

ANECDOTAS DE NUESTROS HEROES
Páez y los Bandoleros 2

CIENCIAS NATURALES
Animales que Construyen Globos .. 4

TEATRO PARA NIÑOS
Un Negocio Singular 6

LOS NIÑOS COLABORAN
Francisco el Tuerto 12

FOLKLORE VENEZOLANO
Cantas Margariteñas de "Desconche" 14

CONCURSO PERMANENTE
Notas Continentales 18

EL SALTO DE TEQUENDAMA
por *Luis Caropreso* 19

MITOLOGIA INDIGENA AMERICANA
El Dueño del Bosque 20

CURIOSIDADES NATURALES
Imágenes del Sol y de la Luna 23

ENTRETENIMIENTOS
Cuadrigrama 24

NUESTRA PORTADA

El dibujo que aparece en nuestra carátula es obra de la niña Elisa Bernal, alumna del Liceo Municipal "Lucrecia García", de Barquisimeto.

La autora, como una impresión de su ciudad, nos presenta la torre de la iglesia rodeada de techos rojos, sobre un fondo de agrestes y lejanas montañas.

En la agradable composición, resalta el clima que crean las hojas de palmera asomando aisladas tras una y otra casa. Ambiente de Domingo de Ramos. Especie de refuerzo místico para el motivo central constituido por el campanario.

PAEZ Y LOS BANDOLEROS

Condensado de la Autobiografía del Gral. José A. Páez.

LA madre del general Páez, lo llamó al pueblo de Guama, donde ella vivía, en el año de 1807, y, por el mes de junio, le dió comisión de llevar cierto expediente a un abogado que residía en Patio Grande, cerca de Cabudare. Debía el jovencito conducir, además, una regular suma de dinero. El mismo general Páez relata la aventura de la siguiente manera: "Tenía yo entonces diez y siete años, y me enorgullecí mucho con el encargo, tanto más, cuanto que para el viaje se me proveyó de una buena mula, una espada vieja, un par de pistolas de bronce y doscientos pesos para mis gastos personales.

Ninguna novedad me ocurrió a la ida, en la que un peón me acompañó; mas, al volver a casa, entré a una tienda de ropa en Yaritagua, hice unas compras, y al pagar saqué sobre el mostrador cuanto dinero llevaba, sin reparar en las personas que había presentes, más que para envanecerme de que todos hubiesen visto que yo era hombre de espada y de dinero.

Los espectadores debieron conocer desde luego al mozo imprudente y sin experiencia, y acaso formaron inmediatamente el plan de robarme. No pensé yo más en ellos y seguí viaje, entrando por el camino estrecho que atraviesa, bajo alto y espeso arbolado, la montaña de Mayurupí. Ufano con llevar armas, pensé en usarlas, y saqué del arzón una de las pistolas, la única que estaba cargada, para matar un loro que estaba parado sobre una rama. Pero al punto se me ocurrió que era ya tarde, y que tenía que viajar toda la noche para llegar a mi casa, y que en la pistola cargada consistía mi principal defensa. No bien seguí avanzando cuando la ocasión vino a demostrar la certeza de mi raciocinio, pues a pocos pasos me salió de la izquierda del camino un hombre alto, a quien siguieron otros tres que se abalanzaron a cogerme la mula por la brida. Apenas lo habían hecho cuando salté yo al suelo por el lado derecho, pistola en mano. Sin conocimiento de esta clase de peligros, mi apuro no podía ser mayor; sin embargo, me sentí animado de extraordinario arrojo viendo la alevosía de mis agresores, y en propia defensa resolví venderles cara la vida. El que parecía jefe de los salteadores se adelantó hacia mí con la vista fija en la pistola con que le apuntaba, mientras iba yo retrocediendo conforme él avanzaba. El tenía en una mano un machete, y en la otra el garrote. Tal vez creía que no me atrevería yo a dispararle, porque cuando le decía que se detuviera, no hacía caso de mis palabras, pensando quizá que como ya se había apoderado de mi cabalgadura, le sería no menos fácil intimidarme o rendirme. Avanzaba pues siempre sobre mí en ademán resuelto, y yo continuaba retrocediendo, hasta que, cuando estábamos cosa de veinte varas distantes de sus compañeros, se me arrojó encima, tirándome una furiosa estocada con el machete. Sin titubear disparé el tiro, todavía sin intención de matarlo, pues hasta entonces me contentaba con herirlo en una pierna; pero él, por evitar la bala, se hizo atrás con violencia, y la recibió en la ingle. Mudo e inmóvil permanecí por un instante. Creyendo haber errado el tiro, y que el mal hombre se me vendría luego a las manos, desenvainé la espada y me arrojé sobre él para ponerle fuera de combate, pero me detuve porque le ví caer en tierra sin movimiento. Ciego de cólera y no pensando sino en mi propia salvación, corrí entonces con espada desnuda sobre los demás ladrones; mas éstos no aguardaron, y echaron a huir cuando se vieron sin jefe y perseguidos por quien, de joven desprevenido y fácil de amedrentar, se había convertido en resuelto perseguidor de sus agresores. Fortuna grande fué para mí, que allí tal vez habría pagado con la vida la temeridad de sostener un ataque tan desigual. Comprendiéndolo así, sin pérdida de tiempo salté sobre mi mula y arrojé la pistola que se había reventado en mis manos al dispararla.

Seguí viaje y sólo entonces eché de ver que la pistola, al salir el tiro, me había lastimado la mano.

Una hora después sobrevino la noche, acompañada de truenos y de una copiosa lluvia.

A las cuatro de la mañana llegué a casa, sumamente preocupado, y no comuniqué lo ocurrido a nadie más que a una de mis hermanas. Permanecí allí tranquilo por algunos días, hasta que empezaron a esparcirse rumores de que yo había sido el héroe de la escena del bosque. Entonces, inducido por un temor pueril, resolví ocultarme, y tomando el camino de Barinas, me interné hasta las riberas del Apure, donde busqué servicio en clase de peón, ganando tres pesos por mes en el hato de la Calzada".

CIENCIAS NATURALES

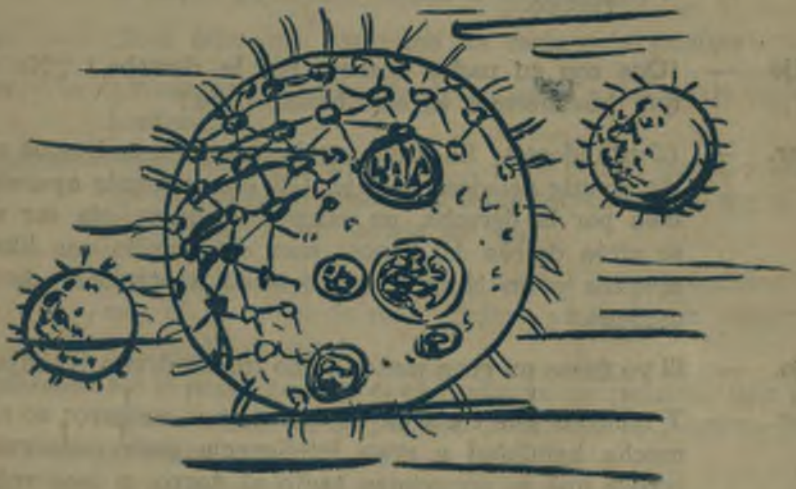
ANIMALES QUE CONSTRUYEN GLOBOS

Condensado de un trabajo de A. de Zulueta.

En la superficie de algunas charcas de agua muy límpida y aún en los aljibes y en las simples cubas de agua que permanecen mucho tiempo sin tapar y sin cambiar el líquido, encuéntranse con frecuencia ciertos protozoos, seres tan sencillos en su estructura, que muchos naturalistas no se deciden a considerarlos como animales y los miran como plantas microscópicas. Estos protozoos son los **flagelados,** nombre que reciben por estar provistos de flagelos o latiguillos que agitan constantemente. Una de estas especies de flagelados ofrece la particularidad de vivir siempre formando colonias o grandes familias. Nos referimos al **Volvox globator,** nombre que precisamente alude sus costumbres. **Globator,** en latín, quiere decir "constructor de globos", y, en efecto una colonia de estos seres aparece como un pequeñísimo globo verdoso, de medio milímetro de diámetro, que puede verse nadando en el agua si se toma una pequeña cantidad de ésta en un tubito de vidrio y se mira a contraluz. Generalmente este globito se mueve en el agua dando vueltas como una rueda; pero algunas veces se desliza sin girar, y otras, sin cambiar de sitio, gira como un trompo, dando vueltas sobre sí mismo.

Si se pone en el microscopio uno de estos minúsculos globitos se ve que consiste en una esfera hueca y transparente, formada por un gran número de puntitos verdes unidos entre sí por una delicada red de hilillos verdosos, y provisto cada uno de ellos de dos flagelos. Cada puntito de estos es un **Volvox**, un individuo de la colonia, y los flagelos de todos ellos, reunidos, son los que ponen en movimiento al globo entero. Dentro de éste se ven otros globitos mucho más pequeños y de color más obscuro, cuyo número suele variar de dos a veinte y cuyo tamaño es muy variable. Los globitos más chicos permanecen pegados al interior de la esfera principal; pero los que son algo mayores se mueven libremente dentro de ésta, también por medio de flagelos que cubren su superficie. Estos globitos interiores no son sino nuevas colonias en formación, que nacen de la colonia primitiva; los más pequeños son, naturalmente, los más jóvenes, y cuando todos ellos han alcanzado un desarrollo bastante considerable, la gran esfera se rompe, y todos escapan para nadar en libertad, creciendo rápidamente y dando más tarde origen a otros globitos interiores, que a su vez han de ser nuevas colonias libres.

Cuando un globo de **Volvox** se rompe para dar salida a las colonias en formación, aquél ya no vuelve a cerrarse, sino que se va al fondo del agua, y allí muere toda la vieja colonia; una colonia de microscópicos patriarcas, que pueden retirarse de la vida con la tranquilidad de quien deja en el mundo numerosa descendencia.



UN NEGOCIO SINGULAR

Adaptación de un cuento de **Arkadio Averchenko.**

PERSONAJES: Un señor, su hijo y un campesino.

DECORACION: Una florida campiña con los detalles que se marcan en el texto. Primer término, a la derecha, un banco rústico.

Hijo. — (Que con su padre aparece por la derecha.) ¿No quieres que descansemos en este banco, papá?

Señor. — (Sentándose.) Sí, hijo; sentémonos; así podremos admirar mejor este delicioso paisaje. (En ese momento aparece, también por la derecha, un campesino, quien, sin ser sentido, se sitúa detrás del banco; saca del bolsillo una libreta de apuntes y un lápiz y va haciendo anotaciones de lo que escucha.)

Hijo. — Si yo fuese un gran pintor como tú, vendría a trabajar aquí.

Señor. — Y tendrías que trabajar de firme, te lo aseguro; se necesita mucha habilidad y gran inteligencia para conseguir esos verdes que se aproximan tanto al negro, y esos rojos que se acercan tanto al blanco...

Hijo. — ¿Verdes que se aproximan al negro y rojos que se acercan al blanco? ¿Cómo es eso, papá?

Señor. — Por ahora no importa que no lo entiendas, con tal que tus ojos miren, con tal que tus ojos gocen ese camino que envuelve la montaña; ese montecito que flota como una nube en el horizonte; esa casita de paredes blancas y de techo rojo, que no sé por qué me dilata el corazón; ese molino que tan finamente se dibuja en el claro lienzo del cielo; ese río que desarrolla su cinta de seda sobre el terciopelo verde de los campos...

Hijo. — ¡Ay, papá, con ser tan hermoso lo que veo, todavía me parece más hermoso lo que dices!

Señor. — Y la verdad, sin embargo, es todo lo contrario. Jamás el arte del hombre podrá igualar las bellezas naturales que en vano trata de interpretar en libros, partituras, cuadros y estatuas... Pero no nos distraigamos con palabras inútiles, cuando podemos gozar de toda esta hermosura: Mira como luce entre el verde la camisa blanca del hombre que trabaja la tierra...

Campesino.—(Guarda sus apuntes y pone una mano sobre el hombro del señor y otra sobre la cabeza del niño.) ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué han venido a hacer aquí?

Hijo. — ¡Dios mío, qué susto me ha dado este hombre!

Señor. — ¿Y con qué derecho se atreve usted a hacernos semejantes preguntas?

Campesino.—¿Cómo con qué derecho?... Pues con el que me acuerdan los títulos de propiedad de estos terrenos. Yo soy el dueño de ese campo, de ese río, de ese...

Señor. — Pero, señor, le advierto que nosotros no pensábamos comernos ni llevarnos la más mínima parte de su campo ni de su río, ni de su...

Campesino.—No lo dudo, pero es el caso que yo no recuerdo que ustedes hayan solicitado mi permiso para venir a pasearse por mis dominios...

Señor. — ¿Y le perjudica a usted en algo que mi hijo y yo nos hayamos detenido a admirar la belleza de estos lugares?...

¿Entorpece su negocio o sus trabajos?... ¿Pierde usted algo con eso?

Campesino.—Nada pierdo, pero tampoco me produce ganancia.

Señor. — ¡Cómo! ¿Y qué ganancia pretende usted que le produzca?

Campesino.—Pues una ganancia equitativa, señor; la ganancia que corresponde y nada más.

Señor. — Francamente, no le comprendo...

Hijo. — Ni yo tampoco...

Campesino.—Voy a explicarles... Con el permiso de ustedes voy a sentarme en mi banco. En mi banco que está en mi campo... (Sentándose.) Ajá!... Muy bien... Y ahora que estoy cómodo, razonemos: ¿Creen ustedes que este campo, con este monte, y ese río, que estas cuatrocientas hectáreas de terreno flor, me las han dado por mi bonita cara? ¿Verdad que nó?

Señor. — En efecto. Mucho no le habrá costado, pero algo habrá tenido que pagar.

Campesino.—Sí, señor, sí; no me resultaron demasiado caras, pero, con todo, mi buen dinero tuve que desembolsar... ¿No les parece justo que ese capital me produzca alguna renta?

Señor. — Naturalmente...

Campesino.—Muy bien, veo que es usted persona razonable. Y ya que es así, díganme ustedes con franqueza, ¿no les ha proporcionado verdadero placer la contemplación de mi paisaje?

Señor. — Claro... No se puede negar que el paisaje es muy bello.

Hijo. — ¡Espléndido!

Campesino.—Ya veo que vamos a entendernos. Háganme el favor de aceptar mi razonamiento: ¿Con qué derecho pueden ustedes venir aquí a pasarse horas enteras contemplando mi paisaje, plantados como postes o sentados en mi cómodo banco, sin pagar nada?... ¿Es que cuando ustedes van al teatro no abonan la entrada?

Señor. — ¡Pero, señor, hay diferencia entre una cosa y otra!

Campesino.—¿Diferencia?... ¿No es este espectáculo, igual que el teatro, una distracción?... ¿Una distracción más sana y a pleno aire, más saludable cien veces?

Señor. — ¡Concluyamos, señor! ¿Usted pretende que le pague por haber contemplado **su paisaje,** no es eso?

Campesino.—¡Eso mismo!

Señor. — Muy bien...

Campesino.—(Frotándose las manos, satisfecho.) ¡Ya sabía yo que terminaríamos entendiéndonos!

Hijo. — (Asombrado.) ¿Vas a pagarle, papá?

Señor. — Aguarda, mi hijito. (Al campesino.) Venga la cuenta, porque quiero una factura en regla, según se exige en el comercio.

Campesino.—¡Cómo no, señor mío! Yo le presentaré una nota con todos los requisitos de ley.

Señor. — Bueno, cuando me la traiga hablaremos. Ahora, ¡márchese! Déjenos en paz, no nos estropee más tiempo el espectáculo!

Campesino.—(Ofendido.) ¡Caballero, me habla usted en un tono, que!...

Señor. — En el que se tiene derecho a emplear cuando se paga. ¡Y no me moleste ni un minuto más, aléjese de mi vista!

Campesino.—Disculpe, señor, que ya no he de molestarlo mucho tiempo más... (Sacándola del bolsillo.) Aquí tiene usted la cuenta, extendida en forma.

Señor. — ¡Cómo!... ¿La traía usted hecha?

Campesino.—Sí, señor, las preparo anticipadamente para comodidad de mis clientes.

Hijo. — ¡Eso es el colmo!

Señor. — ¡Increíble!... ¡Jamás me hubiera imaginado nada por el estilo! ¡en fin, veamos qué es esto! (Leyendo.) Hacienda "La Esmeralda", propiedad de Iván Pokapenof: Señor, puntos suspensivos, DEBE: por la contemplación de cuatrocientas hectáreas de campo flor, dos pesos.

Hijo. — ¡Qué desvergüenza!

Campesino.—No me parece que sea mucho, tratándose de un campo como este.

Señor. — (Prosigue leyendo.) Por el río...

Campesino. — (Leyendo su libreta de apuntes.) "Que desarrolla su cinta de seda". (Obsequioso.) Así dijo usted; aquí lo tengo anotado.

Señor. — (Leyendo.) Un peso. Por un peón...

Campesino.—(Leyendo.) Cuya camisa luce entre el verde.

Señor. — (Leyendo.) Sesenta centavos. Por el camino...

Campesino.—(Leyendo.) Que envuelve la montaña; recuerde sus palabras.

Señor. — Cincuenta centavos. Por una casita: Un peso y cincuenta centavos... Por un molino...

Campesino.—(Leyendo.) Que tan finamente se dibuja en el claro lienzo del cielo; (hablando:) lo felicito por la hermosa frase.

Señor. — (Leyendo.) Cuarenta centavos. Total: seis pesos. S. E. u. O.

Campesino.—Ya ve que todo está en regla.

Señor. — No, señor; creo que no. Usted ha incluído aquí algunas cosas sobre las que no tiene ningún derecho.

Campesino.—Veamos, veamos... Puede ser... Por eso he puesto al pie de la factura "Salvo error u omisión"... Uno no es infalible, no es una máquina.

Señor. — Aquel molino...

Campesino.—(Buscando en la libreta.) ¿Qué?... ¿No lo han admirado ustedes?

Señor. — Si que lo hemos admirado, pero ese molino no es suyo, no le pertenece...

Campesino.—¿Y qué?

Señor. — ¡Cómo!, ¿y qué? ¡Que no siendo suyo, no tiene por qué cobrarme su contemplación!

Campesino.—¡Ah, mi querido señor! ¡Es que yo no le vendo el molino, únicamente le vendo el derecho de contemplarlo desde aquí! El molino no es propiedad mía, pero este sitio sí.

Hijo. — ¡Pero, papá! ¡Este señor está loco! Esos son disparates.

Campesino.—No, señor; ni estoy loco ni digo disparates. Ese molino, visto de cerca, no vale nada; es una ruina viejísima, fea, sin ninguna poesía, usted no pagaría nada por ella si la tuviera al alcance de la mano; en cambio, desde aquí, fíjese cómo gana... ¡qué hermosura!... Hágame el favor, mire con cuidado; entorne un poquito los ojos...

Señor. — ¡No quiero entornar nada!... Ahora lo que deseo saber es cómo se atreve a cobrarme un peso cincuenta centavos por ver aquella miserable casita...

Campesino.—¡Ah, señor, no ofenda a esa linda casita! (Buscando en su libreta.) Una casita que **no sé por qué dilata el corazón,** como dijo usted, creo que merece alguna consideración. Y además, señor, esas dilataciones hay que pagarlas.

Señor. — ¡Vaya!... ¡Acabemos de una vez!... (Dándose un golpe en la frente.) ¡Ah!..., pero, ¡qué tonto he sido! Ya iba a pagarle y ahora veo que esta cuenta no está en regla. ¡Le falta la estampilla fiscal!

Campesino.—¿La estampilla fiscal? ¡No corresponde, distinguido señor! La estampilla fiscal sólo se exige en los recibos por más de veinte pesos.

Señor. — ¡Oh, con usted no se puede!... Aquí tiene su dinero, es decir, "mi dinero".

Campesino.—Permítame la cuenta, voy a firmársela. (Lo hace, y la devuelve.) Gracias, señor... Y ya sabe que estamos a sus órdenes. Espero tener el gusto de volver a verlo por aquí.

Hijo. — ¡Ay, papá, mira para allá; qué árbol más hermoso! ¡Qué belleza! ¡Nunca he visto algo parecido! Es digno de figurar en tus cuadros... ¡Píntalo, papá!

Señor. — (Tapándole la boca con la mano.) ¡Cállate, hijo mío, y aparta los ojos de ese árbol, si no quieres arruinarme! ¡Figúrate lo que nos cobraría ese hombre por la contemplación de semejante maravilla!...

TELON.

FRANCISCO "EL TUERTO"

Por **Leopoldo Espinoza Calma,** Escuela Federal Graduada "Carvajal", Valle de Guanape, Estado Anzoátegui.

HABIA una vez un hombre llamado Francisco, al cual, por faltarle un ojo, apodaban "El Tuerto". Este hombre poseía unas pequeñas tierras en las que sembraba patillas.

Del pueblo cercano se venían todas las tardes varios muchachos a comerse las sabrosas frutas de la propiedad. El agricultor no se daba cuenta del saqueo por ser muy copiosa la cosecha. Pero, cuando las patillas comenzaron a escasear, notó que, de un día para otro, eran muchas las frutas que faltaban. Entonces el hombre pensó que quizá lo estuvieran robando, y se propuso cazar a los ladrones.

Al día siguiente, con su escopeta y su machete, se apostó bajo un árbol, en medio de la siembra, y se puso a esperar.

Como de costumbre, los muchachos vinieron; pero, habiendo distinguido al dueño armado debajo del árbol, decidieron que la mitad del grupo entrara por un lado del patillal, mientras la otra mitad lo hacía por el otro. Entre ambos bandos ensayaron un diálogo especial, el cual esperaban tuviera la virtud de hacer huir al dueño, dejándolos en libertad de coger cuantas patillas quisieran.

Las dos partidas de muchachos comenzaron a avanzar lentamente hacia el centro del patillal, y los que pertenecían al grupo de un lado, dijeron, con voz profunda:

—¡Cuando nosotros estábamos vivos,
andábamos por estos caminos!

Y contestaron los otros:

—¡Pero ahora que estamos muertos,
buscamos a Francisco "El Tuerto"!

El campesino escuchó, y se puso algo amoscado.

Ya más cerca, y siempre ocultos, los muchachos volvieron a repetir su cantinela. Francisco, no teniéndolas todas consigo, se puso su sombrero y se quedó observando detenidamente. Pero como por tercera vez, los muchachos volvieron a salmodiar, con voz más profunda y cavernosa que las anteriores:

—¡Cuando nosotros estábamos vivos,
andábamos por estos caminos!

—¡Pero ahora que estamos muertos,
buscamos a Francisco "El Tuerto"!

Entonces el campesino, lleno de pavor, cogió su escopeta y su machete, y echó a correr, saltando por sobre los matorrales, en medio de la oscuridad que ya comenzaba a invadir el sembrado. Llevándose por delante cuanto encontraba a su paso, y sin saber dónde había dejado las armas que perdiera en el camino, llegó a su casa, gritando:

—¡Mujer, mujer! ¡Abreme la puerta, que las ánimas me persiguen!

Al día siguiente, con ciertas precauciones, el hombre fué a ver sus siembras, y se encontró con que todas las patillas grandes y maduras habían desaparecido, quedando solamente las horras y demasiado pequeñas.

L. E. C.

CANTAS MARGARITEÑAS DE "DESCONCHE"

por R. Olivares Figueroa.

CONOCIDA como productora de perlas, desde los tiempos más remotos, es la isla de Margarita. Todos los años, a partir de enero, y durante un período de dos o tres meses, que suele durar la temporada, se pescan las ostras que las produce, ya en la parte N. de Cubagua; ya en Pampatar, El Tirano, etc., por los que a las autoridades tienen arrendado este negocio.

Pescadores, especializados en esa labor, descienden a las profundidades submarinas y, hábilmente, extraen de las rocas donde se adhieren, los preciosos moluscos, acumulándolos en barcazas que luego los conducen a los centros de "desconche".

Como será fácil deducir, entiéndese por desconche, el acto de apertura de la ostra con la finalidad de extraer la perla que suele llevar oculta y no es, a lo que parece, sino una fina excrecencia o "tumor" producido naturalmente. Cuando los pescadores arriban a la margen con su preciada carga, los "desconchadores", gente de confianza, con frecuencia sus fami-

lias; trasladan las ostras de los barcos a lugar elegido, colocándolas sobre extendidos sacos o lonas que llevan aparejadas para ello; a la intemperie, o bien, sobre la arena, bajo empalizadas que los defienden del bravo sol de la próvida isla. Luego, con sus cuchillos, las abren y remueven para sacar las perlas que van depositando sobre una concha grande o madreperla, colocada al costado izquierdo.

Es entonces cuando, entre los azares de su labor, se echan al viento esas famosas "cantas de desconche", cosa típica y singular de la región de Nueva Esparta, que suelen referirse, no solamente a su ejercicio; sino también a la vida marinera; a sus amores y devoción; a crítica moral... y revelan, de acuerdo con la usanza criolla, ironía y humor festivo.

Más de una vez, se improvisa —el margariteño tiene decidida inclinación a componer versos—, hasta el punto de que—sin las formalidades de los "velorios"—parecen iniciarse los "picones" o "contrapunteos" conocidos; pero son difíciles de sostener por las peripecias a que dan lugar los hallazgos de ejemplares de tamaño o calidad raros, distrayendo la atención; de suerte que hacen perder el hilo a los que lo intentan, inoportunamente.

A continuación nos complacemos en transcribir el repertorio de este tipo de cantas de que, hasta ahora disponemos, y que han sido obtenidas directamente de la tradición oral por el que subscribe, en Margarita: advirtiendo previamente que sería erróneo suponer, de modo absoluto, que no puedan ser usadas, fuera del desconche, pues bastaría para ello adaptarlas a las melodías que se acostumbran en otros casos:

1

¡Canta tú, cantaré yo!
¡Canta, boca 'e perla fina!
¡Hoy cantaremos los dos...
llueva la gracia divina!

2

Me puse a "esconchar" alegre
porque me acordé de tí;
mejor yo lo pasaría
si tú "esconcharas" aquí.

3

Marinero, sube al tope
y dile a la madre mía
que se acuerde de aquel hijo
que por los mares tenía.

4

Cuando yo era pequeñito
me mandaban a jugar;
ahora que soy crecido,
aquí "esconchar" y "esconchar".

5

Yo no voy a Cumaná
por no acostarme en la arena
y no oírle los lamentos
a aquella triste morena.

6

Si la mar fuera de tinta
y la orilla de papel,
te escribiría una carta
para enseñarte a querer.

7

¡Corre, corre, papelito,
donde el viento no te alcance,
y dile a la prenda mía
que yo soy siempre constante!

8

No hay Virgen más poderosa
que la del Valle, María;
porque ella, en un solo día,
libra de todas las cosas.

9

Cuando canta el "moriquite"
es signo de mal agüero;
no quieras atormentarme,
pájaro nocturno y fiero.

10

—¿Dónde vas, pájaro triste?
¿Dónde vas con ese vuelo?
—Voy en busca de la Virgen,
porque mi amor está enfermo.

11

Alza la voz, tú que cantas,
que me da gusto el oírte;
pareces ángel del cielo
que a cantar aquí viniste.

12

¡"Mardita" sea la lechina
y el sacristán de "Cuagua"!
¡"Mardita" sea Celedonio
cuando caló el aguamala!

13

Margarita es una lágrima
que un querubín derramó,
y al caer en hondo piélago
en perla se convirtió.

14

¡Déjame abrirte, ostra perla;
déjame abrirte ligero,
a ver si me traes "contesta"
de la que yo siempre quiero!

15

Allá afuera viene un barco
y una lanchita motora;
vienen recogiendo niñas
y señoras de vitola.

16

Allá afuera viene un barco
y dentro viene mi amor,
alisándose su pelo
junto del palo mayor.

17

La juventud va creciendo
como la mata de arroz;
aquí te estoy esperando
para casarnos los dos.

18

Entre gaviota y gaviota
bobo no puede picar,
porque le suelen sacar
de entre el buche la pelota.

19

Si tienes hija pequeña,
no la mandes al conchal,
porque está Ramón Colina
que parece un gavilán.

20

¡Quién fuera perla o coral
de tu hermosa gargantilla;
de tu cintura la llave;
de tu zapato la hebilla!

21

Bajo la mata 'e limón,
orillas del agua fría,
yo le dí mi corazón
a quien no lo merecía.

22

Si te vas "pa" la Goajira
mándame primero un loro;
que cuando vengas de allá,
él te lo contará todo.

23

El pescador llega ciego
cuando llega de la mar;
por "pescao" que vale medio
suele pedir un real.

24

Del cogollo de la palma
se hace el "mapire" bonito;
el hombre, para ser hombre,
debe casarse chiquito.

25

Allá lejos viene un barco
con bandera tricolor;
a donde viene mi amante,
dueño de mi corazón.

26

¡Cante, vante, compañero,
no tenga miedo de "naide";
que en la copa del sombrero
"cargo" la Virgen del Valle!

27

Perla en concha premia bien
al que busca con buen tino;
no me fatiga el desconche
si me da lo que imagino.

28

En tiempos tuve Chufao
una curiara y un bote;
pero sólo le quedó
la cabuya y el "chicote".

29

¡Tanta agua en la marina;
tanta concha en el conchal;
tanta muchacha bonita
en el puerto 'e Porlamar!

R. O. F.

CONCURSO PERMANENTE

NOTAS CONTINENTALES

Colaboración Infantil Interamericana

Una de las finalidades de esta revista ha sido la de propender al acercamiento e intercambio cultural entre los niños de América, lo mismo que tratar de llevar hasta ellos el mejor conocimiento de nuestro continente.

Consecuentes con estos principios, hemos abierto un Concurso Permanente en el que podrán tomar parte los niños y jóvenes de todas las naciones americanas.

Las condiciones o bases para este certamen, sólo exigen que las colaboraciones enviadas sean artículos, descripciones, relatos o notas que traten sobre temas interesantes y amenos relativos a nuestros países, sus grandes hombres, su geografía, su cultura, costumbres, etc.

Dichas colaboraciones aparecerán luego en las páginas de nuestra revista, con ilustraciones hechas expresamente para ellas, y la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional de los EE. UU. de Venezuela, concederá a los autores de los artículos publicados, Diplomas de Honor, en los cuales se les acreditará como "Colaboradores Especiales de la Revista ONZA, TIGRE Y LEON".

Cada colaboración habrá de llevar la firma y dirección completa de su autor, debiendo dirigirse el envío en la forma siguiente: **"Onza, Tigre y León", Concurso Permanente "NOTAS CONTINENTALES", Colaboración Infantil Interamericana, —Ministerio de Educación Nacional,— Caracas, Venezuela.**

Entre las colaboraciones que para este concurso nos han llegado, seleccionamos la que a continuación se publica.

EL SALTO DE TEQUENDAMA

por Luis Caropreso, Pro-Patria, Av. 2ª Nº 51, Caracas.

LAS aguas de las llanuras de Bogotá se reúnen con el río Tunza, llamado también Bogotá, el cual es de poca corriente y de perezosa marcha. Las aguas pasan por un canal estrecho e inclinado que parece fuera construido por el hombre.

Después de chocar con las piedras, las aguas se lanzan al precipicio, dando origen al hermoso salto llamado de Tequendama o Tequetán; admirado por los turistas, no sólo debido a la cascada en sí, sino también a la hermosa vegetación circundante.

Como para adornar todo el paisaje, el resplandor de la cascada da iluminación a las rocas, formando bellos iris, cuyos colores cambian a tiempo que va cayendo el agua.

El salto tiene una altura de 116 metros y se encuentra a 16 kilómetros de la ciudad de Bogotá.

Existen en el mundo cataratas más grandes que el salto de Tequendama, como las del Niágara e Iguazú; pero de belleza tal, es difícil encontrar otra.

Los antiguos indios que habitaban las llanuras cercanas al salto, quisieron conocer el origen de éste; pero, como no pudieran lograrlo, se dieron a inventar leyendas. Ellos adoraban el Sol, al que llamaban Bochica. Bochica tenía su mujer, que era la Luna, a la cual daban el nombre de Chinchenchú.

Como los indios llegaran a perder el respeto por sus dioses, Chinchenchú les mandó un gran diluvio. A Bochica le pareció demasiado severo el castigo y puso una gran piedra en el agua, que tropezó en el obstáculo y se precipitó en el abismo, dando origen así al famoso Salto.

L. C.

MITOLOGIA INDIGENA AMERICANA

EL DUEÑO DEL BOSQUE

por Gilberto Antolínez.

EN diversas partes de Venezuela, y aún del Brasil, existe la creencia popular, de origen indígena, de que todo bosque tiene un "dueño" que vela por la conservación de los árboles y animales.

En el cerro de Santa Ana de Paraguaná del Estado Falcón se dice que hay un dueño denominado **Capo** quien, junto con una serpiente emplumada que tiene una estrella en la cabeza, impide que sean cortados los árboles de la localidad. He demostrado en alguna parte que este es el mismo **Capo** de los indios Kaketío del Estado Lara, el cual solía comunicarse con los hechiceros y era muy temido por los conquistadores españoles.

En el Brasil encontramos a este Capo con el nombre más largo de **Caapora,** que significa "El Habitador del Bosque", cuyo acompañante

es "La Culebra de Fuego" o **Boitatá.** Esta se presenta a los taladores de árboles como inofensivo tronco tendido en el suelo; pero de pronto se transforma en espantosa serpiente que tiene una brasa fulgente en la cabeza, con la cual vuelve cenizas a los hachadores. Están pues, aquí, los dos personajes célebres en los bosques de Falcón y Lara. La idea parece haber pasado de Venezuela al Brasil, cuando los Kaketío vivían en la zona del Río Negro, antes de invadirnos, y en donde se encuentran sus últimos restos con el nombre de Indios Tariana: esto es: "Los Hijos del Trueno". Las leyendas viajan, pasan de boca en boca, de pueblo a pueblo.

Caapora, en la región fronteriza venezolano-brasileña de la Sierra de Pakaraima, es pintado como "un feo y fuerte hombre macho, de pecho ancho y velludo", que cabalga un váquiro, o un venado, o un conejo, o un tapir: va arreando delante de sí a todas las alimañas de la selva. Los árboles, como saben que es su protector, le abren paso, mientras estremece el bosque con su estridente grito o silbido. Pierde a los cazadores blancos, que "matan por matar". Es de mal agüero, por ser transmisor de mala suerte.

En ciertas partes del Brasil creen además que Caapora es narigudo y hediondo, y que se acompaña con ciertos duendes que son sus mensa-

jeros. Uno de ellos es el pájaro trompetero, y por tanto, si un cazador mata alguna de estas aves, o a la danta, las mujeres indias se reúnen alrededor del animal y lloran para ablandar sus iras. Otro familiar del Caapora es la **yaquiranaboya,** una mariposa nocturna que tiene la cabeza como cabeza de rinoceronte, y muy inofensiva. No obstante, los indios opinan que es un animal venenoso que da la muerte a los durmientes pinchándolos con un aguijón que tiene en el pecho.

En el Estado Guárico el Dueño del Bosque es llamado "Señor de los Venados". Anda en una manada de estos animales, **Todos cojos** o **malheridos** por la impericia de los cazadores. Cuando encuentra a uno de éstos, si recibe tabaco y aguardiente, se muestra benévolo y le da una escopeta de tal suerte que no yerra tiro, con lo cual se quita el trabajo que le da el curar a los venados no muertos, pero malheridos por la falta de puntería de los cazadores. Otras veces "les tapa" la escopeta a los cazadores, de modo que por más que disparen, el arma "pitonee" y no dispare el tiro. Carga un barril de aguardiente con que obsequia a sus interlocutores, pero que, cuando éstos quieren beber, aparece vacío de líquido pero lleno de "malos espíritus". Dicen los campesinos que la "contra" para hacer inofensivo al Pastor de los Venados consiste en cargar un amuleto compuesto de tabaco y "piedra de ara" o sea un pedazo de losa de altar.

Otro Dueño del Bosque hay en el Estado Yaracuy, que se presenta al cazador en forma de venado gigante, padrote, con fuego en la frente, y al que no le entra hierro, acero ni bala. Aparece a los que van al bosque con malas intenciones en la Semana Santa. Cuentan los campesinos que la "contra" contra semejante animal perdedor de cazadores consiste en dispararle una bala en cuya punta se haya hecho dos hendiduras "en cruz". En el Brasil existe igual leyenda, y al venado se le llama "catingueiro" o "salvaje", y es una encarnación del mal espíritu indígena Añangá.

Vemos por todo esto, que en los pueblos sudamericanos existen todavía supersticiones populares que son derivaciones de creencias religiosas aborígenes ancestrales. Tenía razón de ser entre los indios, pues con ellas evitaban el exterminio total de la caza y la arboleda, estableciendo "vedas", tal como nosotros lo hacemos promulgando leyes especiales.

G. A.

IMAGENES DEL SOL Y DE LA LUNA

EN medio de las cataratas de Maipures, en el Orinoco, se encuentran numerosos peñascos o escollos, algunos cubiertos de vegetación y de palmeras. Uno de estos peñascos, llamado "Keri", es célebre en el lugar a causa de una mancha blanca que se ve relucir desde lejos, en la cual pretenden los naturales reconocer la imagen de la luna llena. Esa mancha debe ser, seguramente una gran nodosidad de cuarzo.

Frente a "Keri" o **Peñasco de la Luna,** en el islote de Uivitari, los indios señalan con misterioso interés una mancha blanca análoga. Tiene la forma de un disco, y dicen que es la imagen del sol "Camosi". Acaso la posición geográfica de ambos objetos ha contribuido a que se les diesen tales nombres. "Keri" está de la parte del poniente, y "Camosi" de la parte del levante.

CUADRIGRAMA

por **Alfredo A. Arvelo C.**, Escuela Federal "José Vicente Unda", Barinitas, Estado Barinas.

1	2	3	4
2			
3			
4			

HORIZONTALES:

1.—Fruto tropical.
2.—Palo de la baraja.
3.—Roedor.
4.—Del verbo arar.

VERTICALES:

1.—Nombre de mujer.
2.—Rezar.
3.—Prenda de vestir.
4.—Atrévense.

FLORA VENEZOLANA

EL CEDRO AMARGO

(Cedrela mexicana).

ESTE hermoso árbol, perteneciente a las meliáceas, parece extenderse desde Centro América hasta el Orinoco. Se caracteriza por sus hojas enteramente glabras, alcanzando hasta cerca de 1 m. de largo, sus hojuelas 7-18 yugadas, y sus pétalos pubescentes por fuera y vellosos por dentro. Las flores y las cápsulas desprenden un fuerte olor aliáceo. En tierra caliente, alcanza en 10 años un diámetro de 50 cm. Una plantación puede empezar a explotarse desde los veinte años. Las almácigas están sujetas al ataque de cierta oruga.

La madera es liviana, elástica, de color rojizo, de sabor amargo, y susceptible de un hermoso pulimento. No la ataca la polilla y se usa extensamente en carpintería y ebanistería; tiene mucha aceptación en los mercados exteriores.

FAUNA VENEZOLANA

EL CARIBE

(Serrasalmo Nattereri)

PEZ de cuerpo ovalado, con la cabeza truncada adelante y boca armada de una dentadura en forma de sierra, siendo los dientes inferiores de tamaño mayor que los superiores. Su color es rojo amarillento. Hay varias especies conocidas todas por el mismo nombre común. Por lo voraces y sanguinarios son muy temidos por los habitantes de los llanos Basta el menor rasguño o rastro de sangre en el cuerpo de cualquier persona o animal que atraviese uno de esos ríos, para que millares de feroces caribes se abalancen a arrancarle trozos de carne, con gran atrevimiento, hasta dejar el hueso al descubierto.

El caribe alcanza una longitud de 30 a 60 cms. Su carne es bastante buena.

El nombre vernáculo de este pez fué dado por los conquistadores castellanos, quienes lo comparaban por su agresividad a los temibles indios Caribes.